



XXX

—¡ Bien! ¡ Bien, hijas mías! ¿ Os vais?
¡ Sea por Dios! ¿ Y cuándo será la partida?
—dijo el jesuíta, acomodándose en el
sillón y poniendo su bonete en la silla inme-
diata.

—Mañana. . . . Si vd. no dispone otra co-
sa!—respondió la dama.

—¿ Pues no me habíais dicho que sería en
julio, ó, acaso, á principios de agosto?

—Sí, padre mío; pero es el caso que mi
cuñado desea que estemos allá el día 24. El
24 cumple años.

—¡ Ah! Sí. . . ¡ El Precursor! ¡ Ah! Si tú
vieras en Roma la fiesta del día de San
Juan! ¡ Aquéllas son fiestas! Cuando os
miro tan satisfechas con nuestras humildes
fiestas de Santa Marta, me digo: qué dirían
si vieran aquéllas de la Ciudad Eterna. Y
guarda, hija mía, que desde que los “subur-
ros” entraron en Roma como otros bár-

baros, como flamantes hunos, las cosas allí son muy distintas de lo que fueron allá en los primeros años de mi vida escolar, cuando estudiaba yo en el Colegio Romano... ¡Bien, bien, os vais, y dejais á este pobre viejo! Ya me imagino que el día de San Juan estareis, como decís por acá en América, de manteles largos... ¡Sea norabuena! Estas chiquillas estarán como unos cascabeles... ¡Sea por Dios!

Y pasando rápidamente del tono jovial y afable al de una severa expresión, prosiguió tras levisima pausa:

—¿Y qué vais á hacer en Méjico, en esa vuestra Babilonia tan bulliciosa y tan... mal oliente? ¿Servireis allí á Dios, mejor que aquí en vuestra silenciosa y embalsamada Pluviosilla? En fin: conformémonos con los secretos designios de la Providencia, que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor! No me gusta este viaje, hijas mías! El corazón tiene su voz misteriosa, que suele decirnos: sí ó nó. ¿Qué os dice el vuestro? ¿Qué te dice el tuyo, Dolores? ¿Yá tí Margarita? ¿Y á tí Elena? Decidme cada una lo que así, en voz tan baja y tan quedito, os está repitiendo el corazón.

—A mí, la verdad, padre mío.—contestó la señora—no me dice nada, ni bueno ni malo. No voy contenta, porque preferiría yo permanecer en mi rincón, como he vivi-

do tantos y tantos años. Trabajo, y muy grande, me ha costado decidirme... Pero vd. sabe muy bien, señor, cuántos y qué poderosos motivos me han obligado á aceptar la protección de Juan... El porvenir de los muchachos; el estar cerca de ellos; el no dejarlos, como abandonados, en una ciudad tan grande...

—Sí, hija mía; el Sr. Fernández, (á quien saludarás de parte mía) me habló de ello... Y mira tú: ¿quién conocé los caminos secretos de la Providencia? Nadie. Acaso todo será para la mayor gloria de Dios. Me ocurre decirte... Pero...

El P. Anticelli sacó la tabaquera, y previo el permiso del caso, pedido con un cortés movimiento de cabeza, agregó, dirigiéndose á las señoritas:

—Haríais bien, hijas mías, en seguir el consejo que voy á daros. Bajad á la iglesia, y, mientras yo hablo aquí con vuestra madre de asuntos importantes, rezad vosotras el santo rosario. Que sea este el ramillete espiritual con que os despedís de la Santa Virgen. Volved en seguida para que os diga adiós, y os dé algo que tengo para vosotras, chicuelas, y que os llevéis como un recuerdo de este pobre viejo.

Las jóvenes obedecieron sonrientes, se levantaron, é iban á salir cuando el jesuita las detuvo:

—¡Ea! ¡Pedid á Dios por mí!

No bien se alejaron las muchachas, el sacerdote prosiguió.

Doña Dolores se disponía á escucharle con creciente curiosidad.

—Mira, hija mía:—dijo el P. Anticelli—bajo la desconfianza vive la seguridad. Eres madre de familia y tendrás, un día, que dar á Dios cuenta estrecha de tus hijos. ¡Esta es la ley!... ¿Qué vida piensas hacer en Méjico, ahora que cuentas con la protección de tu cuñado? ¿Fías en él? Dime la verdad.

—¿La verdad? No fio mucho. El pasado, sus disgustos con Ramón, mi esposo, no me dan la seguridad que yo deseara. Creo que el carácter de Juan ha variado mucho; los tiempos son otros; está muy rico.... Ya sabe vd. que la riqueza suele sosegar ciertas pasiones....

—Y despertar otras, hija mía; y no de las menos terribles: la vanidad, el orgullo, y aunque te parezca mentira, hasta la envidia, esa envidia que el buen padre Ripalda supo definir con tanto acierto, al decir de ella que es tristeza del bien ajeno. Pero, continúa, continúa....

—Pues bien, padre, decía yo que acaso Juan ha mudado de carácter.... La edad, los tiempos, tal vez el recuerdo de los antiguos odios políticos, que tanto, tanto nos hicieron padecer!

—¡Sea todo por Dios, hija mía! ¡Olvido y perdón!

—Cuanto á la vida que haremos en Méjico.... ¿cuál ha de ser, padre mío? ¿Cuál si no la de nuestra pobreza! Viviremos como aquí.

—¿Y no te verás obligada, comprometida, á que esas niñas vayan de aquí para allá de fiestas y espectáculos?

—Yo me propongo, padre mío, que eso sea lo menos posible, sólo de cuando en cuando....

—Si puedes conseguirlo!

—Lo procuraré á todo trance.

—Bien, Dolores: ese es tu deber. A cada cual lo suyo, mas por modo discreto, como la canela en la leche! Mantén en tus hijas la piedad; modera en ellas la tendencia hacia el lujo, hacia la ostentación y hacia la vanidad. Las grandes ciudades, la alta sociedad no son más que feria de vanidad y de miserias deslumbrantes. Que vivan en decorosa modestia; que en trajes y vestidos se guarden de modas contrarias al pudor. Y en cuanto á amistades.... ¡Mucho cuidado. Dolores, mucho cuidado! ¿Pretendientes? Vengan norabuena si son buenos cristianos. Que esas niñas no se paguen de riquezas en ellos.... Piensa que, aunque de oro, una jaula es siempre una prisión.... "carcere duro," como decimos en Italia!

—¡Todo lo he pensado, padre mío! Por Margarita temo, temo mucho.... Es hermosa, por más que parezca feo que yo lo

diga, y no le faltarán pretendientes. Cierta es que somos pobres, y eso aparta á muchos.

—¡Es verdad! Fía en Margarita. Es buena, y tiene un profundo sentido moral.

—Respecto á Elena... La pobrecilla con su ceguera no inspirará pasión alguna.

—Es de esperarse así... Pero ten en cuenta que el carácter de tu hija es muy diverso del carácter de su hermana. He observado en Elena una cierta impetuosidad siciliana... Vaya, algo así, apasionado y meridional. Privada de la luz, todo lo lleva dentro, tiene el mundo en el alma, y así como al quedarse ciega se desarrolló en ella el talento musical, según tú me lo has dicho, acaso así sentimiento, sensibilidad y pasiones se habrán avivado en ella... Mujeres así están expuestas á muy graves peligros. Me parece que lo he dicho todo.

Doña Dolores se sintió lastimada en lo más vivo. En su corazón de madre se clavó enherbolada saeta, y sintió impulsos poderosos que la empujaban á la réplica, pero el cariño y respeto que profesaba al P. Anticelli, y la fe que en él tenía la contuvieron.

—¿Qué teme vd. de Elena?—dijo á pesar suyo la señora.

—Nada, hija mía. La juventud tiene pasiones de torrente, y éstas son terribles en quien como tu hija vive, en medio de la obscuridad que la rodea, vida meramente

subjetiva, como ahora se dice. En el ciego la imaginación es luz, si toda la luz que sus ojos no ven; en el ciego las pasiones son aludes, tempestades y borrascas durante los años juveniles. La calma sólo viene con los cierzos helados del otoño. ¡Cuidala!

—¿Cuidarla, padre mío? ¿De qué y de quién?

—¡De sí misma! ¡De su propia infelicidad! Aconséjale siempre la resignación... ¡Qué ore y viva en Dios!

—Si, padre mío!—repuso la dama, más tranquila, sintiendo que la herida que había recibido era menos profunda. Y pensó: "No había yo entendido lo que me quiso decir."

—¿Y esos muchachos?

—Pablo será empleado en el despacho de Juan; Ramón seguirá estudiando.

—¡Sea para bien! Pablo puede hacer fortuna. No es de talento para las letras ni para las ciencias; pero él con su teneduría de libros se ganará el pan y se lo ganará en abundancia, con tal que el mundo en que va á vivir no le aparte del buen sendero. El tiene su sentido práctico é irá rectamente. Con el menor, con el Ramoncillo, hay que tener buen cuidado. Ese, Dolores, tiene talento; vigílale; apártale de malos amigos; que no se debiliten en él las ideas sanas, que no se prenda de novedades científicas y de saberes al uso. Allá se lo lleva-

rás (y no sólo Ramón, también Pablo) al P. Cangas. En Santa Brígida te tendrás á todas horas, confíaselos á él. El P. Cangas es un buen confesor. Los llevará bien, muy bien. Para dirigir jóvenes, nadie como el P. Cangas. ¡Un buen castellano! ¡Franco y listo como pocos! Con tu cuñado muchotino, Dolores, muchotino! Con su esposa y su hija mucha amabilidad y mucha discreción. Con los jóvenes esos, poco, poco! Son unos parisienses de los que yo conozco muchos. Te he dicho todo. Recuerda y medita cuanto acabas de oír de mis labios, y... pon todo en manos del Sagrado Corazón de Jesús!

Doña Dolores estaba conmovida. Rendíase á la sugestión del P. Anticelli, y sentíase como acometida de profundo terror, como sobresaltada sin motivo.

El jesuíta siguió hablando de mil cosas diversas: del viaje; de la belleza del camino; de la vida en Méjico; de la función del mes de María, que había sido tan brillante en Santa Marta, y de otros asuntos, al parecer insignificantes y ajenos á su interlocutora. Recomendó la lectura de un libro, muy interesante, de Mad. Augustus Craven: "Récit d'une Sœur."

—Tú no sabes francés, pero Margarita sí; que ella lea, y ustedes, todos, todos, la escuchan. Ya vereis cómo se puede vivir en el mundo más brillante y servir y amar

á Dios como buenos cristianos! Ese libro, lo mismo que "Mis prisiones," de Silvio Pellico, me parecen benéficos como la luz del Sol! Llegas á Méjico, buscas ese libro... ¡Y á pasar alegremente las veladas!

En aquel momento regresaron las señoritas.

—¡Bien venidas!—exclamó el jesuíta.

—¡Hemos venido oportunamente?—preguntó Margot.

—Y muy á tiempo, hijas mías. Ya os esperaba para deciros adiós porque el confesor me espera. Aguardad un instante.

Y el P. Anticelli salió de la sala. No tardó en volver.

—Aquí teneis,—dijo al entrar,—aquí teneis mi regalo! Para tí, Dolores: este librito, mejor que ése de que te hablé hace poco.....

Volvióse á las jóvenes y agregó:

—Un libro que habeis de leer, y del cual ya os hablará vuestra mamá. Toma, Dolores: para tí esta "Imitación de Cristo;" para tí, Margarita, este rosario. Tiene grandes indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice; tú, Elena, llevarás otra cosa: esta medalla de la Inmaculada. No la dejes. ¡Qué te acompañe siempre!

Las jóvenes y la señora se apresuraban á dar las gracias, pero el P. Anticelli las interrumpió.

—Es el humilde recuerdo de un pobre hijo de San Ignacio. . . . ¡Nada de agradecimientos y pedid á Dios por mí. Qué El os bendiga y os tenga en su santa guarda!

Encaminóse el jesuíta hacia el corredor. La señora y las jóvenes le siguieron. Despidiólas en la puerta, en frase brevisima y por modo rápido.

El P. Anticelli permaneció en el portón de la escalera hasta que las vió salir, púsose el bonete, y, paso á paso, se dirigió á su celda.



XXXI

Al salir de la casa del P. Anticelli, doña Dolores iba preocupada y triste.—¿Por qué—se decía—por qué me ha dicho el padre todas esas cosas? No parece sino que mis hijas son malas; no parece sino que mis sobrinos son unos perdularios. Lo cierto es que ambos tienen sangre ligera. El mayor es más simpático y más parlanchín; el otro es medio romántico y melancólico; los dos son afables, correctos y finos, y no hay motivos para pensar mal de ellos. El P. Anticelli no gusta de la educación que se da en París, y, sin duda, que por ese motivo no le han sido simpáticos esos pobres muchachos!”

Mas la creencia firme que la dama tenía

en la virtud, en el talento y en el mundo del P. Anticelli, la obligaba á pensar muy seriamente en cuanto acababa de decirle el excelente sacerdote. El amor de la dama para su hija Elena era grandísimo, y la desgracia de la joven, ciega desde hacía varios años, á consecuencia de una fiebre, de una enfermedad que, al decir de todo el mundo, no había sido conocida de los facultativos, duplicaba en la madre la ternura con que amaba á su hija. Esta era buena, sí, muy buena, y nadie tenía motivo para dudar de su buena índole y de su inclinación á la virtud. Elena era viva, cariñosa, afable, hasta dulce, y aunque apasionada é impetuosa en ocasiones, la menor advertencia era bastante para que la ceguera entrara en razón. De niña, cuando la reprendían por alguna travesura, por su falta de aplicación en la escuela ó por algún capricho suyo que no era conveniente satisfacer, la chiquilla se rebelaba contra la autoridad materna, y rogaba, suplicaba, y volvía á rogar y volvía á suplicar, y á una nueva y terminante negativa, la muchacha exasperada lloraba, gritaba, se mezaba el cabello, y más de una vez arrojó lejos para hacerlo pedazos el primer objeto frágil que tenía delante, un plato, una copa, un vaso, ó cualesquiera juguetes de los que había en la sala. Pero á los trece años mudó de carácter: se tornó bondadosa, dulce, dó-

cil y sumisa. Parecía melancólica y triste, pero tanto que aquellas añoranzas, impropias en una niña de tan corta edad, llegaron á preocupar, muy seriamente, á doña Dolores, la cual pudo observar en su hija cierto arrebatado entusiasmo para todo aquello que emprendía la chica, siempre que le fuera presentado como nuevo y flamante.

Una labor, una lección de música, un libro nuevo eran motivo en Elena para que trabajara horas y horas; para que no dejase el piano hasta después de media noche, ó para que leyendo el libro que la traía en vilo, ni se pensase ni en comer ni en dormir. El estudio de la música le era difícil, y el maestro llegó á declarar que en Elena no había aptitudes positivas para el divino arte. La bondadosa madre supo aprovechar en bien de la niña tales y tan repentinos entusiasmos, y Elena progresó en la escuela y adelantó en la música de tal modo que maestros y maestro se hacían lenguas de la joven, á quien pronto fué preciso vestir de largo. Como la familia había venido á menos ya las muchachas no iban á bailes, y cuando el teatro no se las veía sino de tarde en tarde, cuando había ópera, allá por diecinueve y eso solamente en una función. Don Ramón lo dijo con toda claridad: "Nada de fiestas, ni de teatros, que no está la Magdalena para tafetanes!" Elena al oír esto, exclamó: "¡bueno sí, sí y bueno!"

—¡Sí, papá! No te apenes ni te contraries. ¡Tan contentas en casita como en fiestas y teatros! No iremos más, y no porque tú no puedas gastar en diversiones, sino porque nosotras no queremos ir. ¿Fiestas? ¿Qué mejores que las que nos proporciona tu cariño? ¿Opera? Ahí está el piano, y Margot y yo tocaremos hasta causar la desesperación en los vecinos!

Vino la enfermedad. Elena estuvo entre la vida y la muerte. Salvó, pero quedó ciega. Don Ramón hizo los mayores sacrificios para conseguir que su hija volviera a ver la luz del día. Fueron á Méjico, consultaron allí á los más famosos especialistas, pero todo fué inútil.

Regresaron tristes, abatidos, y sin esperanza. Vino la ruina y vino la desgracia. Don Ramón principió á declinar visiblemente, y una insuficiencia valvular se le llevó en tres meses.

No bien Elena quedó ciega todos pudieron observar, incluso el maestro, que el talento musical que en la joven había parecido rudo y torpe se desarrolló en ella por un modo prestigioso. Se afinó su oído, la memoria fué en aumento, y era cosa que asombraba ver cómo, apenas oía una pieza, y no juguetillos de baile despreciables y vanos, sino obras del repertorio clásico, ya la tocaba Elena. Margarita acudía en ayuda de su hermana y la obra quedaba puesta, y era

ejecutada magistralmente, con expresión y con un sentimiento incomparables. La joven, que antes era melancólica y tristoncilla, se tornó jovial, bulliciosa y festiva. Padecía algunas veces desalientos y languideces, pero eran cortos, y á poco ya estaba cantando, como un pajarillo en día primavera. Raro contraste el de aquella poética desgracia y el de aquella irreparable alegría. Ruiseñor ciego, Elena tenía en su constante noche arpegios y trinos en que vibraba y palpitaba toda la jubilosa exuberancia de los quince años.

Y así vivió, y así vivía hasta la llegada de sus primos. Durante los días en que doña Dolores se ocupó, con sus buenas amigas las Pradilla, en quitar la casa, un observador perspicaz habría podido notar en la ceguezuela cierta intranquilidad ensoñadora, y una vaguedad de ideas que se manifestaban en la muy viva, clara y concisa conversación de la joven como en inciertas claridades lunares, como en el rielar del astro pálido sobre tranquila y soñolienta laguna.

Para Margarita no pasó inadvertido el estado de ánimo de su hermana, desde aquel día en que Elena se empeñó en que le dijera cómo era su primo, y qué juicio se tenían formado de él, y la impresión que había causado. Margarita satisfizo á medias, la curiosidad de Elena, pero no llegó hasta donde la ceguezuela quería que

llegase. A su vez la blonda señorita quedaba prendada de Alfonso, y pensó que, por mucho que en ello nada hubiese de malo, no era conveniente hablar así, de buenas á primeras, de afectos nacientes y ya vivísimos, que, acaso, tendrían menos vida que la flor de mayo, el soberbio cacto, maravilla y reina de la noche, cuya corola inmaculada, rica de encajes y de gasas, urna de misteriosos perfumes, se abre al ponerse el sol y se cierra y muere antes de que la aurora aparezca en las vagas lejanías del orbe.

Calló Margot su secreto, y calló también el que había sorprendido en Elena.

—¡Pobrecilla!—pensó—Bella, amable, apasionada, privada de la luz del día, ¿ha de cerrar su alma á la luz del amor?

Doña Dolores no se había dado cuenta de nada de esto. Las recomendaciones del P. Anticelli la habían lastimado en lo más íntimo, pero, aunque injustas á juicio suyo las previsiones del jesuita, se resolvió ella á tenerlas presentes, para que le sirvieran de norma y de guía en la vida nueva que para todos iba á empezar.



XXXII

Con una hora de atraso llegó el tren á Trigales. Detúvose allí, conforme al itinerario, unos cuantos minutos, y tan pocos que apenas hubo tiempo para que doña Dolores, las señoritas, Ramoncillo y Filomena, pudieran subir al vagón.

En éste venía Pablo, á cuyo cargo quedó el facturar equipajes y el tomar los billetes en Pluviosilla.

En la plataforma venía el mancebo, quien se apresuró á colocar en el mejor sitio á todos los suyos, y entre ellos á Filomena, que venía muy triste y desmoralada. No menos lo estaban la señora y sus hijas.

El viaje en tranvía, desde Pluviosilla á Trigales, fué silencioso como un entierro: callaba doña Dolores y callaban sus hijas. Ramón, muy campante en la plataforma posterior del vehículo, sonreía y tarareaba no sé qué airecillos de una zarzuela en vo-

ga, representada recientemente en el teatro Principal de Méjico y traída, pocos días anantes á la ciudad de "las aguas regadizas" por una pésima compañía de histriones, portavoces trashumantes del género minúsculo.

En vano las Pradilla, afables y cariñosas como siempre, intentaban, á cada momento, animar á sus amigas. La dama respondía con monosílabos; Margot permanecía meditabunda, y Elena, en un rincón, baja la frente y fija la mirada en el piso, como si quisiera descubrir, entre las sombras de su ceguera, los edificios de la ciudad metropolitana, sólo desplegaba los labios para preguntar, de tiempo en tiempo, por qué puntos del camino iba el carruaje.

Más de una hora tuvieron que esperar en la estación de Trigales. Cuando el tren se aproximaba, la señora y las señoritas se despidieron de sus amigas, á las cuales pidieron órdenes.

—¿Qué desean de Méjico?—decía doña Dolores, y repetía Margot—; Ya saben ustedes cuánto les agradecemos su cariño, y su bondad y su ayuda. . . . ¡Dios las bendiga!

Las excelentes mujeres se deshacían en excusas. Una de ellas, Teresa, encargó á Margarita que hiciesen, en nombre de ambas hermanas, una visita á la Virgen de Guadalupe, en la iglesia donde á la sazón

estaba la Santa Imagen, en tanto que se terminaban las obras de la Catedral, para que en ella fuese coronada la bendita Patrona de los mejicanos.

—Ya mandaré por ustedes, amiguitas mías,—se apresuró á decir doña Dolores,— á fin de que vayan á Méjico, y asistan á las fiestas de la coronación, que serán soberbias!

Y, mientras esto decían, las señoras se abrazaban cariñosamente. La dama y sus hijas tenían húmedos los ojos. Las Pradilla no pudieron más, y se echaron á llorar.

—Me parece—murmuró Asunción al oído de su hermana,—que se van para no volver nunca; que no las veremos más!

—¡A mí lo mismo!—respondióle Teresa, secando sus ojos llenos de lágrimas.— ¡Quiera Dios que todo sea para bien de ellas! ¡No sé qué desgracias presienten!

El tren iba á partir, partía ya, cuando Pradilla, asomándose por una ventanilla, gritó:

—¡Chonita! ¡Teresita! ¡Adiós! Queda el tranvía á la disposición de ustedes, para que regresen!

Y agregó:

—¡Pueden regresar á la hora que les plazca! Si quieren, esta tarde.

Ya no le oyeron. Saludaban las Pradilla y desde el tren que magestuoso se alejaba, les decían adiós, agitando sendos pañuelos, doña Dolores, Margarita y Ramón.

El tren, arrastrado por su potente y doble máquina, envuelto en larguísimo penacho de humo, que parecía caer pesado sobre los vagones, atravesaba larguísima llanura, una inmensa y verde sabana, sembrada de rocas y esmaltada con las mil flores que el Estio riega por todos los valles de Pluviosilla, tan luego como caen en ellos las primeras lluvias de mayo: ramilletillos blancos; campánulas de color de violeta; asclepiadeas frondosas, en cuyos tallos cortos y rígidos el viento arrasante de la comarca mecía pesadamente glaucas y rarísimas umbelias.

Hacia la izquierda lucía sus verdores y su rojo camino la cuesta de Necoxtla, donde á vueltas y trabajosamente se abría paso entre las rocas un sendero quebrado y expuesto á los rayos del sol. Cerca de la vía centenares de obreros echaban los cimientos de una grande y nueva fábrica, que vendría á ser como la última almena de la regia y mural corona de Pluviosilla; "nuevo joyel," —según dijeron en "El Siglo de León XIII"—de la "soberbia" corona de la "soberbia" Manchester de Méjico." A la derecha quedaba Trigales con su blanco caserío, su torrecilla simpática, sus pintorescas colinas, y más allá la vega de Pluviosilla, con sus pingües heredades, sus montañas altísimas, semejantes á colosales bastiones ennegrecidos, é invadidos por un torrente de jaramagos. En el fondo, hacia el norte,

dilatadas dehesas; una hacienda cercana, casi á la vera del camino de hierro, y en el último término las cumbres de la Mesa Central, las alturas de Maltrata, por las cuales el tren, en avance fatigoso, asciende y parece trepar como un dragón de las edades antediluvianas.

Margarita y doña Dolores, en momentos en que el tren atravesaba el camino carretero, frente á la antigua venta de "Santa Cruz," volvieronse y miraron hacia Pluviosilla, como para enviarle el último adiós vieron más que la cumbre de la colina del Recental, y en ella, apenas perceptible, la férrea cruz que colocada por piadoso triunfador marca y protege con su respetable sombra aquel sitio de combate, donde corrió la sangre de mil valientes.

Al pie de aquel cerro quedaba la túrrida y devota ciudad, Pluviosilla la hermosa, la budística Pluviosilla, donde habían sido felices, donde ambas habían amado, donde habían padecido, en cuyo suelo tan fecundo en azucenas, dormían el sueño bienhechor de la muete seres amados, viajeros de las eternas lontananzas azules.

El tren ascendía; escaló las primeras estribaciones de la cordillera, deslizándose por las fáciles y verdegueantes laderas; se aventuró atrevido por una garganta: pasó ligera puente, por donde se veían innume-

rables legiones de pinos que, al borde de un riachuelo parecían saludarle como á un amable y conocido vencedor.

Entraba el tren en los valles de Maltrata. El pueblo blanqueaba á lo lejos, y el caserío asomaba entre las milpas resonantes y á la sombra de los chirimoyos y de los capulines.

Brevisimos instantes en la estación; gritos atiplados, delatores de las alturas y del clima; vendedoras rústicas que con reclamo urgente pregonaban sus mercancías, y que iban y venían, á lo largo del andén, ofreciendo duraznos, higos, aguacates, y orquídeas en flor.

A poco el dragón formidable prosiguió en su camino, lento aquí, rápido allá, serpeando entre mil heredades incultas, que algún día se convertirán en productivos viñedos, y en constante ascenso subió hasta lo más elevado de aquellos montes. Túneles y puentes le daban paso franco por desfiladeros y taludes, que brumas y nieblas frías velan con gasas fugitivas y con cenales vaporosos. Surgían entre las nubes, a manera de espectros y como envueltos en flotantes sudarios, pinos y ocotes, éstos de copa esférica, aquellos, altos, esbeltísimos, lánguidas las ramas, enhiesta la aguja principal, en constante dirección hacia el cielo y anhelosa de llegar á las regiones límites del éter.

Soplaba helado viento que penetraba en

el vagón y entumecía cruelmente. Al pasar los túneles el humo inundaba el recinto.

Envolvióse doña Dolores en amplio manto de viaje, prenda rica, ya muy usada y marchita, resto de antiguas abundancias y de peregrino lujo, y recomendó á sus hijas y á Pablo, que estaba cerca de ella, que también se abrigaran. Filomena recogió sobre el pecho las puntas de su reboso, y se acurrucó en el asiento, hecha un ovillo. Los silbidos de la locomotora resonaban en las barrancos, repetidos por los mil ecos de la serranía.

Los viajeros se agrupaban cerca de los ventanillos, del lado izquierdo, para gozar del espléndido é incomparable panorama que les ofrecían aquellos valles y aquellas hondonadas, y que atraía las miradas de Margarita. Al avanzar el tren por un viaducto, el valle, tan hermosamente iluminado por el sol, desapareció de repente. Un mar de nubes le cubría: inmenso mar, cuyas olas, en rapidísima corriente, pasaban veloces al costado del tren. Límite de aquel piélago eran remotas cimas, por las cuales, cohorte fatigada que tra montaba atrevidísima cúspides y cúspides, camino de las altas planicies, pinos añosos y decadentes dominaban los fugitivos irritados oleajes. Sobre aquel mar de vapores níveos esplendía el sol.

Margarita se complacía en mirar las espesas umbrías, ricas de colores y prodigiosas en flores desconocidas; doña Dolores di-

rigía sus miradas tristes y dolorosas hacia los bosques oscurecidos por la bruma, y se gozaba en presentir profundos abismos, tenebrosos repliegues, sitios no pisados nunca por humana planta, y tan negros como todo lo que el porvenir guardaba.

Trepidaba el vagón, resoplaba la máquina; crugían hierros bajo el piso; chirriaban ruedas; el humo cegaba; el vientecillo despacible hacía tiritar á todos, y á los silbidos vibrantes y prolongados y luminosos de la doble máquina, respondía la montaña húmeda e imponente, con su voz solemne y cavernosa.

Rápidamente huyeron las brumas como deshechas por el viento; tornó á brillar por todas partes la claridad del sol, y á la vista de los viajeros atónitos apareció Maltrata, radiante y tibia, espléndida en colores, sobre afelpada alfombra, en que se unían aquí ó más allá se separaban, matices amarillos y verdes, desde el pajizo de las mieses maduras hasta el tono negruzco de los abetos perdurables, que en masa compacta é intensa espesura daban fondo albino al poblado, á los huertos y á la ciudad, la cual se extendía y diseminaba como sobre un inmenso tablero de ajedrez, en cuadros desiguales y caprichosos.

Arreciaba el frío y el sol picaba en los ventanillos del coche. Pablo vino y ofreció á doña Dolores y á las jóvenes una copita de coñac. Sólo Elena aceptó. Estaban en la

Mesa Central. Habían salido del Estado de Veracruz y entraban en el Estado de Puebla. Una zanja fangosa marcaba el límite de las dos provincias. Campos desiertos, llanuras arenosas se ofrecían á cada lado. Lejanas tolvaneras, á la vera de los caminos y al borde de las heredades, revelaban lento tropel de caminantes. La sierra del Citlaltépetl se erguía á la derecha, y en la falda de los cerros más próximos dos villorrios risueños se extendían graciosos, uno en pos del otro, como si quisiera el segundo alcanzar al primero que festivo y regocijado había llegado á la llanura, prófuga de las cumbres nevadas. Sobre las altas montañas, por sobre las cimas escuetas, centellante y argénteo, brillaba el volcán, cuyo apice es pejeaba con lampós de platino, semivelado por una nubecilla horizontal, blanca como plumón de cisne.